

STEFAN ZWEIG

# CUENTOS SELECTOS

Selección, traducción y prólogo de Pablo Gianera



# Índice

Prólogo. La historia en las historias .....	9
Novelita de verano.....	15
Mendel, el bibliófilo.....	27
Un episodio en el lago Lemán.....	57
La colección invisible. Un episodio de la inflación alemana...	67
Novela de ajedrez .....	83

## Prólogo

### La historia en las historias

Algunos lectores habrían objetado la inclusión de una conferencia en una antología de relatos. La objeción sería procedente en la medida en que no cumple la dosis ficcional que el título del libro promete. Pero “Das Wien von Gestern” (La Viena de ayer), la conferencia que Stefan Zweig leyó en 1940 en el Théâtre Marigny de París, además de ser un borrador de sus memorias *El mundo de ayer*, es a su manera también un relato, cuyo protagonista es una ciudad no muy diferente de otros personajes imaginarios de Zweig y frente a la que el narrador (que como no hay ficción es el propio Zweig) se comporta del mismo modo que cuando el narrador no es manifiestamente Zweig. Se cuenta en esa conferencia una escena en la que hay que demorarse. Dice Zweig que asistió en 1913 al último concierto en la vieja Bösendorfer-Saal en el Palais Liechtenstein de la Herrengasse, la sala en la que habían tocado Brahms y Backhaus, y dirigido Mahler y Richard Strauss. Antes de la demolición actuó el Cuarteto Rosé: “Había sido el lugar donde todos los amantes de la música de cámara se encontraron durante años y años, semana tras semana, como una sola familia. Y allí estuvimos, entonces,

hasta que se escuchó el último cuarteto de Beethoven, ahí, en el viejo salón de siempre, y no queríamos que nada terminara. Hubo rabia, hubo gritos, hubo llanto. Se apagaron las luces de la sala. No sirvió de nada. Todos permanecemos en la oscuridad, como si quisiéramos que, por la fuerza también, aquella sala siguiera siendo la vieja sala”.

En este pasaje, que será repetido casi palabra por palabra en *El mundo de ayer*, Zweig es un personaje de Zweig: un hombre que se resiste, con obcecación infantil, a que las cosas cambien, o que cambien en un sentido: el de la pérdida. La única temporalidad era para él la que lleva el signo trágico: una fatalidad inescapable que puede advertir él mismo o pueden advertir terceros. A esa raza pertenecen el bibliófilo Jakob Mendel, el Dr. B., ajedrecista a la fuerza, el viejo de “La colección invisible”, el desertor del lago Lemán. A todos ellos la Historia les provoca un trastorno, los desorienta, los arruina. En la obra de Zweig, son ellos el reverso de los conquistadores, los héroes, los poetas de los que él mismo escribió las biografías: a los primeros, la historia los priva del mando de sus vidas; los segundos, aunque no siempre lo parezca, la hacen, son “los arquitectos del mundo”. Sería un error concluir que esto sea efecto del ascenso de Hitler; evidentemente, lo es en el caso de “Novela de ajedrez”, el último relato que Zweig concluyó poco antes de su suicidio en Petrópolis, y que llegó incluso a mandar a Buenos Aires, donde tuvo su primera edición (en alemán) con el sello de la librería Pigmalión. Pero “La colección invisible” y “Mendel, el bibliófilo” se remontan a 1929, y “Un episodio en el lago Lemán” es todavía más temprano, de 1919.

Esto tiene un correlato estricto en sus ensayos. Resulta difícil no llegar a la conclusión de que *Momentos estelares de la humanidad* era en realidad el proemio de *El mundo de ayer*, y

es imposible que Stefan Zweig no lo haya pensado así, pero los años entre ellos, el arco de 1927 a 1941, indican que en el primero estaban insinuadas las causas que explican las nostalgias del segundo. El ascenso y la declinación, o en otras palabras: los efectos de la Historia.

*Momentos estelares de la humanidad* se inicia con la declaración de su objeto. ¿Qué es un momento estelar de la humanidad? La mayor parte del tiempo, la Historia parece dormir. Como pasa con la vida de cualquier hombre, aquellas horas o días inolvidables lo son precisamente porque son pocos y excepcionales. Pero hay otros, los “estelares”, porque brillan como estrellas en “la noche de lo efímero”. Explica Zweig: “Son momentos dramáticamente concentrados, momentos preñados de fatalidad, en los que una decisión destinada a persistir a lo largo de los tiempos se comprime en una única fecha, en una única hora y a menudo en un solo minuto”. No siempre ese minuto se reconoce en el minuto; a veces el reconocimiento llega después.

Como sea, el primero de los momentos que registra Zweig en su libro (la selección que hizo es caprichosa pero no arbitraria) es el 15 de marzo de 44 a.C., día del asesinato de Julio César, pero el protagonista es Cicerón, que, después de su retiro en Tusculum, es forzado por esa muerte —forzado por la Historia— a volver a Roma y ensuciarse otra vez con la política. Anota Zweig: “En la Historia se repite sin cesar la tragedia del hombre de espíritu que, en el momento decisivo, incómodo en su fuero interno por la responsabilidad, rara vez se convierte en un hombre de acción”. Cicerón descubre algo todavía peor que la corrupción de la política. Advierte que el pueblo que él había conocido no era ya el noble (o ennoblecido por la imaginación) *populus romanus* sino una plebe pervertida que no perseguía sino su propio beneficio y su propio placer. La historia (ahora en mi-

núscula) es muy famosa: las facciones se disputan a Cicerón, hay enemistades y, por fin, Antonio exhibe como trofeo la cabeza del orador en la tribuna. Los momentos estelares no son de por sí propicios; sencillamente brillan, y el brillo puede ser el de la espada o el más ambiguo del fuego.

Zweig no se proponía simplemente volver a contar de una manera simplificada la historia conocida. Quiso tal vez mostrarnos al humanista que se convirtió en defensor de una humanidad que no hizo nada para ganarse ni merecer esa defensa. Si había alegoría, no era más que autobiográfica: la prefiguración de su elegía por la humanidad perdida que terminaría siendo *El mundo de ayer*. El temblor del pulso es el mismo. Si se despeja la cantidad de páginas y páginas que escribió Zweig, si pudiera verse a través de ellas, sería evidente que esas páginas son congregadas en el terror de la pérdida. El temblor del pulso es el mismo.

Se dijo alguna vez (Arnold Bauer lo hizo) que el ductus de la frase de Zweig era nervioso, casi agitado; una variedad del *staccato*. Pero en la prosa de Zweig hay también restos de la sensiblería comedida del vals vienés, la lasitud de una generosidad melódica que anuda lo entrecortado. Esa compensación explicaba para él la diferencia entre la literatura austríaca (y más restringidamente vienesa) y la literatura alemana. En “Das Wien von Gestern” observa que en Franz Grillparzer hay la misma fuerza de Schiller, aunque sin patetismo; Adalbert Stifter posee el poderío contemplativo de Goethe, pero más suave.

En una carta del 6 de noviembre de 1926, el año de la escritura de *Momentos estelares de la humanidad*, le escribe Zweig a Hermann Hesse después de leer *Der Steppenwolf. Ein Tagebuch in Versen* (El lobo estepario. Un diario en versos): “Me animo a pensar que si tuviéramos una larga conversación nos enten-

deríamos. Ya nos entendíamos antes, aunque no nos habíamos dado cuenta. Es mejor ahora, con las primeras canas que aceptamos de mala gana. ¡Esta es una carta estúpida, ya lo sé!”. ¿En qué podían entenderse? Lo que parecía una cortesía literaria por el poema recién leído tiene para Hesse otro alcance. Le responde cuatro días después: “No se trata solamente del problema del hombre que envejece y tiene que afrontar las dificultades que empiezan a los cincuenta años, sino más todavía del problema del autor para quien su oficio se tornó dudoso y casi imposible porque ha perdido el suelo y el sentido”.

Con esa incerteza creciente fue también haciendo Zweig sus novelas breves, sus novelitas, hasta que no hubo ya sentido y, el 22 de febrero de 1942, optó por el silencio irrevocable.

Pablo Gianera

## Novelita de verano

Pasé el mes de agosto del verano último en Cadenabbia, uno de esos lugarcitos del lago de Como encantadoramente escondido entre la blancura de las *villas* y la tenebrosidad del bosque. Silenciosa y serena aun en los días más animados de la primavera, cuando los turistas de Bellagio y Menaggio se apiñan en la playa exigua, esta ciudad minúscula seguía siendo una soledad perfumada y bañada por el sol. El hotel estaba casi vacío: apenas un par de huéspedes, cada uno de los cuales encontraba insólito el hecho de que el otro hubiera optado para pasar el verano por un lugar tan perdido en el mapa, y cada mañana se asombraban mutuamente de que el otro estuviera todavía ahí. A mí me resultó esto particularmente sorprendente en el caso de un señor ya entrado en años, muy elegante y muy culto —por su aspecto, un tipo intermedio entre un atildado político inglés y un *coureur* parisino— que, sin practicar ningún deporte acuático, dedicaba el día a contemplar pensativo cómo el humo del cigarrillo se disolvía en el aire, o a hojear distraído un libro. El aislamiento opresivo de dos días lluviosos y la naturalidad con la que vino a mi encuentro le confirieron a nuestro trato una cordialidad que desmentía la diferencia de edad. Había nacido en Livonia y se había educado primero en Francia y después en Inglaterra, no



tenía profesión ni tampoco, desde hacía años, residencia fija; era un apátrida en el noble sentido de la palabra tiene para los vikingos y piratas de la belleza, que reunieron en ellos los tesoros mayores de las ciudades depredadas. Era un diletante de todas las artes, pero más fuerte que su pasión amorosa era el distinguido desdén para convertirse en siervo de ellas. Les agradecía miles de horas de genuina belleza, aunque no les daba a cambio ni un solo afán creativo. Vivía una de esas vidas que parecen superfluas, porque las innumerables y valiosísimas vivencias personales se deshacen en el aire con el último aliento, sin dejar nada a nadie.

Le hablé de esto una noche cuando, sentados en la entrada del hotel después de cenar, mirábamos cómo se apagaban en el lago los últimos reflejos de luz. Él sonrió.

—Tal vez tenga usted razón. No creo en los recuerdos: lo vivido se vive en el instante, y desaparece. Y la poesía misma, ¿no muere también veinte, cincuenta o cien años después de nacida? Pero quiero hoy contarle algo que supongo sería una linda novela. Vamos. Estas cosas se hablan mejor caminando.

Y empezamos a caminar por la maravillosa rambla del lago, a la sombra de cipreses eternos y de intrincados castaños entre cuyas ramas brillaba el reflejo inquieto del agua. Más arriba, era Bellagio una nube blanca teñida con los colores del crepúsculo, y más allá de la colina oscura, ceñida por rayos diamantinos, resplandecían las almenas de la Villa Serbelloni. El calor era ligeramente bochornoso, aunque no agobiante, y la atmósfera húmeda, como la ternura de un abrazo femenino, envolvía las sombras y colmaba el aire con el perfume de flores invisibles.

Empezó:

—Primero una confesión. No le conté que estuve ya aquí, en Cadenabbia, el año pasado, en la misma estación del año y en el mismo hotel. Puede ser que esto lo sorprenda, dado que yo